

Esa indiferencia no tiene mas objeto que separar al humano linaje de aquellos deberes sociales mediante los que la libertad obra y se activa, y acerca el pensamiento. Esa indiferencia no tiene mas objeto que separar al hombre del mundo, del Estado, del hogar, para convertirlo en un órgano de misterioso y poderosísimo organismo, en el cual se le pedirá tanta cuenta de lo que cree, de lo que piensa y de lo que siente, como puede pedírsele al tornillo de una máquina. Por lo ociosidad natural á las meditaciones el jesuitismo acaba con la virtud creadora del trabajo; y por la indiferencia impuesta respecto á todas las cosas creadas, el jesuitismo acaba con la incesante actividad del espíritu.

Y luego, no hablemos de lo que podríamos llamar su cristología. Así como Dios es á sus ojos el tirano que fabrica un monumento inmenso para glorificarse; Cristo es á sus ojos el capitán que alista una milicia para defenderse. Aquel cordero inmaculado, que solo abrió su boca para bendecir y solo alzó sus brazos para socorrer, y solo tuvo corazón para amar; quien, allá, en el huerto, envainaba la espada de Pedro, y allá, en el Calvario, intercedía por sus perseguidores y por sus verdugos, truecáse, merced á la cristología de Ignacio, en una especie de paladín feudal, con armas y con arreos, seguido de brillantísima milicia, la cual convertirá la Iglesia en un fuerte, la religión en un combate, y el cielo en un descanso parecido, no por los gozes que guarda, por el puerto que ofrece, al ideado en el Islam, código esencialmente militar, para sus incansables guerreros. La concepción religiosa, que atribuye á la vida universal toda, y especialmente á la vida humana, el carácter de una guerra implacable y eterna entre Satanás y Cristo, es una concepción esencialmente maniquea. No de otra suerte concebían el Universo los persas; no de otra suerte los gnósticos; no de otra suerte los albigenses. La vida no puede ser esa lucha igual, sin que Babilonia se levante á nivel de Jerusalén, y el demonio se convierta en una especie de Dios. Hé ahí el resultado triste de tal maniqueísmo, la divinización del demonio para trastrocarlo en una especie de general digno de competir con Cristo y de emular á Cristo, si no en bondad y justicia, en poder y fuerza. El mal no tiene de suyo el absolutismo que le presta San Ignacio. No es, por tanto, una fuerza capaz de combatir, y aun algunas veces de vencer, á la divina fuerza; el mal es relativo,

contingente, transitorio, y por consecuencia no puede levantarse á impedir la absoluta eficacia del bien divino. Dimana el mal del límite; y como dimana del límite, es el mal, de suyo, lo mas limitado y contingente que pueda existir en el mundo. No busqueis el mal en los grandes conjuntos del Universo ni en la obra toda del Criador. Se halla en las relaciones de los seres entre sí, en las fronteras estrechas de lo transitorio y limitado, en la contingencia y debilidad nativa de nuestro pobre sér. Pero no lo busqueis en lo infinito ni lo creais absoluto. Como no ha existido desde la eternidad, no durará una eternidad, cual creen las supersticiones vulgares. El mal no existió antes de la rebelión de Luzbel entre las jerarquías angélicas; y no existió antes del pecado de Adán en la humana estirpe. Pues, como no lo hubo en los cielos de lo pasado, no lo habrá en los cielos de lo porvenir, cuando la humanidad, redimida por el esfuerzo de tantos héroes, por el sacrificio de tantos mártires, por la divina virtud y eficacia del pensamiento y del trabajo, por el holocausto sublime de sus redentores, pueda entrar en una metamorfosis supraorgánica, sobrehumana, y hasta si quereis sobrenatural, en los cielos de lo infinito, y mirar, sin que sus ojos se abrasen y cieguen, cara á cara, la faz radiante del Eterno. Pero esta confianza en Dios y en el bien destruiría por completo el ministerio de combatiente, que Loyola se arrogara, movido por sus vocaciones interiores y por su exaltación. Si el mal no estuviera en la sensibilidad, en la inteligencia, en la voluntad, en todas nuestras maneras de ser, Ignacio no podría llegar en su misticismo hasta ese terrible consejo del aniquilamiento personal. Precisa matar la carne por corrupta, extinguir los sentidos por falibles, inmolar el corazón por viciado y perverso, prescindir del albedrío por inclinado á las malas obras y circuido de tentaciones continuas, apagar la inteligencia como se apaga una luz engañosa, destituir la razón humana como se destituye un oráculo falso, haciendo de nuestra naturaleza corporal una momia petrificada y de nuestra naturaleza espiritual un rescoldo extinto. La fe, la exaltación, la penitencia, las maceraciones de Ignacio han llegado al mismo término y al mismo fin que la duda y la desconfianza y la negación de nuestras modernas escuelas pesimistas, han llegado al aniquilamiento completo y absoluto del sér humano, al suicidio universal.

Ignacio por todos éstos medios quiso identificar al hombre con la Iglesia, que corria tan deshecha borrasca y que pasaba por tan grande tormenta. Segun él, Dios está todo entero en el Catolicismo, y el Catolicismo está todo entero en la Iglesia. Identificarse con este cuerpo y este organismo, es como identificarse con la esencia y con la sustancia de Dios. Por esta causa sus ejercicios terminan por un código designado con el nombre y el título de *Regula ad sentiendum cum Ecclesia*, ó sea, coleccion de preceptos encaminados á identificar la vida individual con la vida general de la Iglesia, para lo que debe cada hombre renunciar á su propio juicio y obedecer á su invisible superior, confirmando todos los preceptos eclesiásticos y canónicos y piadosos con su asentimiento, y sometiendo ciegamente su voluntad á todas las disposiciones pontificias sin examinarlas. Todo su ascetismo, todo su conocimiento fisiológico de los escrúpulos, toda su profunda psicología, que le revelan con tanta claridad los abismos del pensamiento y del corazon humano, le llevan á convertir á los hombres inscritos bajo sus ideales, á los que han de pensar como él y como él han de creer y como él han de contribuir y cooperar á la formacion de su compañía, en una especie de gladiadores, quienes, despues de haber entendido la iniciacion en ciertos misterios de la nueva religion semejantes á los antiguos misterios eleusinos, se arman de piés á cabeza, como gladiadores que van á llamarse, para resistir impasibles á todos los golpes que reciban en los tumultos del mundo y para estimar en igual estima y aprecio la fortuna y el infortunio, y para permanecer serenos en medio de los rayos que llueva el firmamento y de los temblores que sienta la tierra, captándose y adquiriéndose aquella inmutabilidad, atributo exclusivo del Eterno, que solo el Eterno puede comunicar á quien desaparezca y se entierre como un cadáver en el silencio y en la obediencia, es decir en la abdicacion y renuncia completa de la voluntad y del pensamiento.

Nunca nos cansaremos de decirlo. Aunque la órden de Jesus queria anular á todas las otras órdenes, á los benedictinos en la enseñanza, y á los templarios en las devociones, y á los dominicos en la predicacion, y á los franciscanos en la caridad, y á los agustinos en la teología, un carácter tiene que la hace por esencia mundana y militante; á saber, el carácter de milicia, el carácter de caballería, el carácter de asociacion armada que á la

continua pelea, y que para este combate continuo necesita el apartamiento de todos los intereses mundanales mas completo, la indiferencia por los bienes mundanos mas grande, la disciplina en sus legiones mas rigurosa, la obediencia en sus movimientos mas pasiva, la sujecion á ordenanzas militares mas completa, la renuncia y abdicacion del juicio individual, las inmolaciones de todas las facultades que puedan llevar á la independencia, la destruccion y casi aniquilamiento de la personalidad humana, el culto al sueño eterno de la muerte.